



Estilo afectado y fama póstuma.

La afectacion es hija de la vanidad, hermana de la mentira y enemiga de la naturaleza.

El escritor afectado hace mas caso de las palabras que de los pensamientos, asemejándose á aquellos pintores que ponen todo su esmero en dar un brillante colorido á su cuadro, aunque el retrato en nada se parezca al original que copian.

La naturaleza es franca, y para espresarla es preciso usar de un estilo franco que esté en armonía con el objeto de que se trata, porque las palabras, para que agrade una produccion, deben corresponder á las cosas.

El afectado, aun para decir la cosa mas sencilla, la adorna con tanta palabra campanuda, que hace confuso el asunto, y muchas veces incomprendible.

Bajo cualquier punto de vista se hace despreciable el escritor afectado; y por lo mismo debe evitar el que se dedica á la literatura, el caer en este defecto.

Si el afectado trata de manifestar moderacion, se sirve de espresiones tan huecas y tan retumbantes, que al instante revela que no siente aquello que dice, y que de su misma hipócrita humildad quiere sacar partido para pasar por sábio. Si por el contrario, quiere ostentar sus conocimientos, habla en un estilo tan alto y tan ageno de aquel que pide el asunto que trata, que inmediatamente repugna al sentido comun.

El escritor afectado es semejante á aquellos palacios de gran fachada, cuyo interior es pequeño y miserable, ó como el vano, que gasta lo que tiene en presentarse con lujoso vestido, y se priva del alimento.

¿Qué dirías de un médico que para esplicarte la enfermedad que padecias buscaba los términos mas raros de su profesion? Te impacientarias, y dudarias de la eficacia de las medicinas que te mandaba; pues esto mismo le pasa al escritor afectado.

La conversacion del hombre afectado es

cansada y fastidiosa, lo mismo que cansados sus escritos; pues comprometido á usar siempre de términos escogidos, para no decaer, tiene que sostenerla; y como se agotan las palabras, las busca dando tormento á su memoria, y tarda en hablar, causando notable disgusto en los que lo escuchan.

El sentimiento es enemigo de la afectacion, como que el primero es la verdad, y la segunda es la mentira.

No pienses alcanzar alabanzas ni renombre de sabio con la afectacion, sino el vituperio de los doctos y la mofa del vulgo.

La afectacion trae su origen de la ignorancia; para corregirla, pues, necesita el hombre aplicacion al estudio de la verdad.

El verdaderamente rico, siempre procura ocultar los bienes que posee; el verdaderamente sabio, huye de la afectacion, porque la sabiduría es hermana de la sencillez, de la verdad y de la prudencia.

La afectacion es semejante al oro falso, que analizado, descubre el corazon de despreciable cobre.

Cuanto mas sábio seas, mas inteligibles debes hacer tus escritos, sirviéndote de un lenguaje ni tan sublime que venga á ser oscuro para el vulgo, ni tan vulgar que degenerare en ordinario. Jesucristo, Salomon, y

otros muchos, hablaron en un estilo claro y sencillo á la vez que elegante y persuasivo.

Mártir es el hombre afectado de su vanidad, porque siempre tiene que estar atormentando su mente, buscando palabras que no están en el uso comun, sino que le distinguan de todos los demas hombres; y el resultado de su ardiente anhelo, que no es otro que el de causar admiracion á los que lo oyen, suele ser siempre contrario, porque el lenguaje afectado en una conversacion larga y familiar, cansa al infeliz que escucha; y cuando no la puede sostener el vano, entónces le afrenta y le abochorna.

Recomendable es aquel escritor que escucha con humildad las observaciones de los doctos; pero esta humildad debe tener tambien sus límites, porque si mala es la soberbia que nada escucha, no es ménos perjudicial la condescendencia inconsiderada que varía de opinion á la primer objecion que le hace cualquiera.

Ambos extremos son enemigos de la ilustracion; y el sábio escritor huyendo prudentemente de los dos defectos, debe buscar un término medio en pro de la verdad; porque admitir la opinion del primero que nos combate una idea, sin ver si son ó no fundadas sus razones, es volubilidad de ánimo; y des-

preciar toda observacion sin analizarla, es orgullo despreciable.

Falta de saber manifiesta aquel que cree que todo lo que escribe es bueno; pero falta de saber tambien manifiesta aquel que piensa que todo lo que escribe es malo, y que se amolda al parecer de cualquiera. Los que han llegado al grado de orgullo que el primero, y al grado humillante del segundo, son nulidades en el mundo literario, porque ambos son ciegos de entendimiento.

Mucho tiene andado en el camino de la sabiduría el que está persuadido de que en sus obras, así como en las de todos los hombres, hay defectos; porque el saber que los tiene, le orilla à oír á los doctos para corregirlos; y de esta suerte se apartará del apego á sus propias doctrinas, porque este apego es una barrera que el orgullo levanta à la sabiduría, y cuidará á la vez de no admitir la opinion de cualquiera, porque esta condescendencia inconsiderada, es otra barrera levantada por el menosprecio con que ve sus producciones.

No seas de aquellos escritores de talento débil que adoptan la opinion del primero que critica, ni de aquellos que llenos de vanidad desprecian el genio de todos. Ecsamina detenidamente la razones que esponga,

y emitiendo tú las tuyas estudia la verdad para admitir lo que à esta conviene.

El escritor para vencer ó no dar entrada en su pecho à la soberbia, debe comparar lo poco que sabe con lo mucho que ignora, porque de esta comparacion desventajosa para él resultará la ventaja de su estudio y de su humildad.

Muchos escritores trabajan con afan por adquirir fama póstuma: recomendable es este afan hasta cierto punto; pero dañoso si excede los límites de la prudencia.

Fama póstuma obtendrá el que escribe cosas útiles á la sociedad, porque la sociedad al estudiarlas, bendecirá el nombre del escritor.

Fama póstuma obtendrá el que con sus obras siembre la virtud por el mundo; porque el mundo acatará esa virtud, y Dios premiará al escritor con toda una eternidad de gloria.

Este anhelo de fama póstuma es recomendable; pero ¿cómo aspira à fama póstuma el escritor de máximas disolventes é impías que solo siembran la duda en los corazones? ¿Qué derecho tiene el asesino de la virtud, à que los hombres le ensalcen y le elogien? Su nombre pasará, es verdad, à la posteridad; pero la posteridad pronunciará su nombre con desprecio y horror.

Así como es detestado el rico que emplea sus riquezas en corromper y arrastrar al crimen á familias desgraciadas; así es detestado el que emplea su talento en corromper la moral y las buenas costumbres.

Necio es, pues, aquel que destruyendo los lazos que unen al hombre con Dios, pretende adquirir y escoge fama póstuma, cuando ésta no se debe al talento, sino al uso que ha hecho el escritor de su talento.

El que ciego con su vanidad y dando libre rienda á su imaginacion, escribe cosas perniciosas, y quiere que la posteridad le ensalce, pretende que la posteridad sea tan ciega y vana como él, y tan corrompida como su corazon.

Escribe para bien de la sociedad y la sociedad te ensalzará.

Si prefieres la estimacion de Dios á la de los hombres, los hombres te apreciarán y tendrás fama póstuma.

Si prefieres la gloria de los hombres á la de Dios, los hombres serán los primeros que te olviden.

No aspiras, pues, á la gloria que despues de tu muerte te puedan dar los escritos de los hombres, porque estos escritos suelen ser vanos y fugitivos, y mirados con tanta desconfianza como las obras inmorales que elogian. Procura únicamente agradar á Dios; y

la imparcial historia, y los doctos, y el mundo, y el mismo Dios, te destinarán un galardón digno de tus servicios.

Mira siempre que en tus escritos resalte la moral cristiana que es de lo que debes envanecerte; moral que ataca y arranca de raíz los vicios de los hombres, que ella te cubrirá de gloria sin que tú lo intentes: ella te alcanzará esa fama póstuma que algunos, con libros corrompidos, pretenden alcanzar.

El escritor moral, el escritor verdaderamente sábio, busca una fama póstuma para sus libros, para sus máximas, y no para él; pero como sus libros y sus máximas son frutos de su talento y de su saber, al ser ensalzados, el público ensalza al autor y lo cuenta entre los hombres mas dignos. Así se vé, sin haber aspirado á la fama póstuma, y á pesar de su humildad literaria, cubierto de gloria por todas partes.

Lo contrario le sucede generalmente al que halaga y enciende con sus producciones las pasiones de los hombres. El deseo de fama póstuma en éste, nace de la alta opinion que tiene de sí mismo y del desmedido amor propio; opinion y amor propio que le ciegan y que le obligan á que, seducido por los sueños de su imaginacion, se aparte de la prudente verdad, con daño del lector y de la juventud estudiosa.

El escritor moral, con la humildad se eleva y alcanza fama póstuma: el vano, con su soberbia llega á quedar humillado y olvidado.

Cuanto mas procura el que ejerce la caridad, ocultar los beneficios que hace, mas conocido y mas enalzado es. Cuanto mas el hipócrita procura alcanzar fama de virtuoso haciendo algunas limosnas públicamente para que le vean, mas despreciable se hace á los ojos del mundo.

El verdadero sábio, el verdadero escritor moral cuanto mas sencillo es y mênos aspire á ser conocido, mas nombre y mas fama de sabio alcanzará, al paso que al autor immoral que quiere pasar por docto, aunque en sus escritos siempre algunas máximas buenas, el mundo le aborrecerá y despreciará su nombre.

No escribas para alcanzar alabanzas, sino para ser provechoso á la humanidad, porque de este provecho vendrá tu mayor gloria.

No quieras que tus obras sean solo de pasatiempo y de diversion, y que en ellas vean únicamente un objeto de entretenimiento en donde pasar el rato, como lo van á pasar al teatro, á los bailes y á las tertulias, porque este es un tiempo que le robas al lector; tiempo que podria emplearlo en cosas útiles. Esto no es decir que no escribas nada de entre-

tenimiento, no, sino que sea poco al lado de lo provechoso que escribas.

El buen escritor debe caminar con solidez en el estudio de las ciencias, porque inagotables son los tesoros de la naturaleza, y aquel que se afane por conocer todos esos tesoros, no podrá hacer un estudio profundo de cada uno de ellos: tendrá ideas confusas de todos únicamente; y estas ideas confusas le harán mas daño que la ignorancia, porque estas ideas de todas las cosas, aunque confusas, le llenan de orgullo, le envanecen, y queriendo pasar por sábio, escribe sin fundamento grandes tratados, cubiertos de errores que solo podrán enseñar errores.

¡Cuántos se creen sabios, porque las nubes de humo denso que ellos mismos han levantado con la adquisicion de tantas ideas, les impide ver que son ignorantes!

Los que hablan de las ciencias solo por la leve tintura que tienen de ellas, se parecen á aquellos viajeros que hablan bien ó mal, segun las afecciones hácia el país de que tratan, de los monumentos y las bellezas de una ciudad, solo por el conocimiento del primer edificio que al pasar rápidamente por ella han medio visto.

¿De qué sirve la aglomeracion de superficiales conocimientos que cierran la puerta al verdadero saber?

Por sabio pasará ante el vulgo ignorante, el ignorante escritor que de todo habla con tono magistral; pero ante los doctos pasará por vano y presumido.

Muchos quieren pasar por sábios porque han adquirido multitud de ideas confusas de todas las obras que se han escrito: què dirian del poeta que por solo el conocimiento que tiene de los metales, y vierte oro y perlas á torrentes en sus producciones; quisiera pasar por rico? . . . Seguramente que le tendrian por loco. Pues teman ellos que por faltos de juicio les tengan los que les oyen hablar.

Debe el escritor hacer un estudio particular de sí mismo, y examinar el grado de saber que tiene para no tenerse él mismo ni en mas ni en menos de lo que realmente sea; porque de esta manera abrazará al escribir cosas dignas de él y del público.

El escritor debe preferir la conciencia á la ciencia: quiero decir, que debe cuidar de que en sus obras la decencia y la moral religiosa tengan un lugar privilegiado, porque sin ellas no puede existir libro bueno.

En cualquier género de literatura que abraza no debe el escritor desentenderse de la sana moral, porque la sana moral es la sabiduría. Bien seas poeta, bien orador, bien jurista, bien teólogo, ó bien historiador, ne-

cesitas para poder enseñar, tener sabiduría, es decir, moral religiosa.

Considera que aunque pases por gran literato ante los ojos de la multitud deslumbrada por el falso brillo de tus doctrinas, eres ignorante si desconoces el aprecio y respeto que debes á la moral, y si eres víctima de tu orgullo y de tu vanidad.

Si no eres religioso, si no prefieres seguir la verdad de Jesucristo á las ideas que se agolpan á tu mente, no escribas para el público, porque orgulloso y vano debes considerarte.

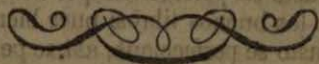
La religion es la robustez de la ciencia. Sin religion no hay moral, y sin moral no hay libro bueno.

Grandes y nobles son todas las cualidades que deben adornar á un escritor público; pero grandes tambien son los honores que le esperan.

Con la edad vienen los desengaños, con los desengaños viene la esperiencia, con la esperiencia el conocimiento de la verdad, y con el conocimiento de la verdad la sabiduría. Mas no se creu que esta última solo se adquiere con la edad, no, ya hemos visto como el gusto se perfecciona por medio del estudio de los buenos libros; pues bien, así como el gusto se perfecciona, así se perfecciona el talento y las inclinaciones por medio del estudio.

El jóven escritor que quiera pasar por sabio, analice las materias de los libros de puro entretenimiento, los inmorales y los que guardan ideas sanas, de órden y de moral cristiana: estúdielos detenidamente, y de este estudio sacará un provecho indecible, porque el conocimiento de la verdad nos hace sentir sensaciones tan gratas, que por fuerza tenemos que amarla y que seguirla.

Indispensable es, pues, en todo escritor, el amor á Dios; porque de este amor á Dios, viene el amor á la verdad y á la sabiduría. Preciso le es el conocimiento de Jesucristo, porque del conocimiento de Jesucristo nace el conocimiento de los deberes del hombre y de la moral cristiana; y le es de suma importancia ser altamente religioso, moderado al tener que advertir errores de otros, humilde en la opinion que de sí mismo tenga, porque con tan bellas cualidades, se hará digno de la alta mision que ha abrazado de ilustrar á sus semejantes.



Luz de la razon.

Comun les es á todos los hombres el sentimiento interior que experimentamos en lo mas hondo del corazon, ya al hacer una cosa buena, ya al cometer un delito: sentimiento que nos reprende ó alaba nuestras acciones de una manera inequívoca, aun cuando tratemos de no hacer caso de él: sentimiento enérgico que, aunque procuremos con fuertes argumentos contrariar su poder, no logramos nuestro intento, porque nos sentimos al fin subyugados por la verdad que nos dice: *obraste mal.*

Muchas veces el interes, el amor, el deseo de gloria ó cualquiera otra passion nos inclina con su irresistible halago á descuidarnos de nuestros deberes; pero por mas que haga-

mos por ver si podemos sincerar nuestra conducta, la luz de la razon que no no nos deja ni un instante, nos grita, *no hagas eso, porque eso es el mal.*

¡Cosa admirable es esta luz de la razon! Con solo ella, bastaba al hombre, si la siguiera, para salvarse y para ser útil à la sociedad.

¿Pero de dónde viene esta eterna luz de la razon que no puede apagar el hombre por mas esfuerzos que haga? ¿La enciende la humana criatura? No; porque si la criatura humana la encendiera, la mataria al no querer ser reprendido por ella.

Y esta luz de la razon es universal, porque ella está en los corazones de todos los hombres del mundo, bien sean cristianos, bien judíos, bien gentiles, bien protestantes, ó bien hereges, y á todos de la misma manera y con igual fuerza, les acusa cuando obran mal, y les aplaude cuando obran bien.

Visto, pues, que esta luz de la razon no viene del hombre, porque como ántes dije, si del hombre viniera, el hombre la arrojaría de sí cuando le conviniere, ¿quién es el que la ha colocado en lo último de nuestro corazon? ¿Puede ser otro que Dios, que al dar el libre albedrío al hombre, le dió tambien ese don para que no alegase ignorancia

de que no habia quien le mostrara el buen camino?

Dios es el que nos ha dado esa luz, y Dios es el que nos pedirá cuenta del uso que de ella hicimos.

Nadie está por lo mismo tan obligado á hacer buen uso de esa luz de la razon como el escritor público.

Si castigo eterno merece el que en daño propio únicamente deja de seguir el camino que le señala esa luz divina, ¿qué pena merecerá aquel que despreciándola, enciende la hoguera de sus pasiones, y obliga que por ella vayan los incautos y flacos hombres?

El que en sí solo desprecia la luz de la razon y sigue el torrente de sus desenfrenadas pasiones, es semejante al suicida. El que hace con sus escritos que los demas sofoquen esa salvadora luz, para que sigan las perniciosas máximas que predica, es semejante al asesino que arranca la vida á inocentes víctimas y acaba al fin en un patíbulo.

¿Quieres ser escritor útil á la sociedad? Sigue la luz interior de la razon, y lo serás. Con ella no insultarás en tus escritos á ninguna persona: con ella serás moderado en tus advertencias: con ella no zaherirás al escritor novel, ni mirarás con envidia al que es elogiado por sus producciones, ni criticarás los actos de los buenos gobernantes, por-

que si sigues como debes seguir, ella te dirá que *no hagas á otro lo que no quieras que hagan contigo*, y que tengas con los demas las consideraciones que anhelas te dispensen los otros.

El escritor que siga la luz de la razon, necesariamente ha de ser escritor moral; y siendo escritor moral, será escritor provechoso, porque las acciones malas las reprenderá sin ofender al malo y señalando prudentemente el camino que debe seguir: en sus producciones habrá siempre un fondo religioso que hará amable la verdad y aborrecible la mentira.

La luz de la razon es un reguero de luces que cada una de ellas alumbrá cada accion del hombre, para que por ninguna parte se pueda estraviar su razon.

Lo primero que nos muestra la luz de la razon, es la existencia de un Dios Omnipotente á quien debemos amar sobre todas las cosas, porque á él solo, y no á las cosas, debemos la vida.

Por eso el escritor, cuya mision es enseñar la verdad, no debe apartarse nunca de la luz de la razon, porque siguiéndola fielmente, ensalzará en sus obras á Dios, y nos enseñará á amarle, y enseñándonos á amarle, nos enseñará á ser felices.

¿Qué dirias de aquel que debiéndonos conducir en una oscura noche por un camino estrecho y largo, á cuyos lados hubiera horrendos precipios, apagara la antorcha que le habian dado para que nos alumbrara? Dirias que era un inhumano que anhelaba nuestra muerte.

Pues eso mismo debes decir del escritor que despreciando la luz de la razon, te conduce á su capricho por el camino angosto de la salvacion, sin otra luz que la que derraman los delirios de su imaginacion, luz que nos deslumbra, y que haciéndonos perder el tino, nos obliga á caer en el horrendo precipicio de la culpa.

Responsable y castigado es por su rey, el general que por imprudencia ó por traicion conduce á sus soldados á una muerte segura.

Responsable y castigado de Dios será el escritor que malignamente se aparta de la luz de la razon, y conduce á los lectores, con sus inmorales producciones, al vicio, que es la muerte del alma.

¿Quieres ser escritor justo? Sigue la luz de la razon constantemente.

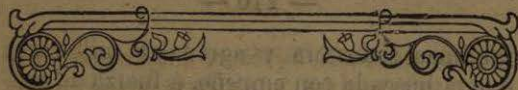
Mas te valiera haber nacido idiota, que hombre de talento que desprecia la luz de la razon; porque el idiota á nadie hace daño, porque á nadie enseña; pero el hombre de

talento que desprecia la luz de la razon, causa con sus escritos daños irreparables.

Dios es la suma sabiduría: la luz de la razon la que nos muestra á Dios, á la suma sabiduría. El que desprecia, pues, la luz de la razon, huye de Dios, huye de la sabiduría; y huyendo de la sabiduría, tiene que ser perjudicial à la sociedad entera.

Los ojos te han sido dados por Dios, para que veas lo que te pertenece en el mundo, y no tropieces à cada paso; la luz de la razon que forma los ojos del alma, te ha sido concedida para que conozcas el bien y el mal, y evites caer en este. El que cierra los ojos despreciando el beneficio de la vista, se hundirá en algun abismo: el que desprecie la luz de la razon, se hundirá en la ignorancia y morirá en el pecado.

Dèjate guiar en tus escritos por la luz de la razon, y alcanzarás fama de docto. No dejes que la soberbia humana se apodere de tu corazon; porque el humo y la vanidad ofuscará tu mente y tus ideas.



Del juicio.

El juicio no es otra cosa sino el resultado de la firmeza en seguir constantemente la luz de la razon.

El que se deja guiar por la luz de la razon, precisamente ha de tener juicio; esto es, acierto en la eleccion de las materias de que va à tratar.

El escritor de juicio, jamas se aparta de la verdad; desprecia la vanagloria, y solo trata de derramar la ciencia por todas partes, sin otro anhelo que el de ser útil à la sociedad.

Al tratar de un asunto jocoso, lo hace sin esagerar nada, pintando la natura y las personas como en sí son, con esa gracia natu-

ral, mas seductora y agradable mil veces que la buscada con empeño, á fuerza de cansar la imaginacion.

El juicio, aún sin talento, vale algo: el talento, sin juicio, es perjudicial al hombre.

Escritores hay de gran ingenio que causan admiracion con sus creaciones á los que leen sus obras; pero pocos son los que sujetan al juicio sus producciones, analizando lo bueno y lo malo, para tratar así de aquello que mas provecho deje á la humanidad.

El gran talento y la viva imaginacion hacen al escritor soberbio, atrevido y ligero: el juicio, sensato y recto en sus pensamientos. El primero con facilidad se deja arrastrar por las deslumbradoras máximas de otro gran talento que halague las pasiones: el segundo jamas se aparta del recto deber, porque el juicio le señala los escollos que hay fuera del camino de la virtud.

Recto juicio, instruccion y talento, le harán buen escritor.

Fácilmente se estravia la imaginacion, porque dejándose arrastrar de las primeras impresiones que le causa la vista de las cosas, habla de estas por la risueña apariencia que presentan; mas no sucede esto con el juicio, porque éste ántes de resolver y hablar de un objeto, reflexiona, y lo examina detenidamente.

Indispensable es el juicio en un escritor porque es el que dá á las materias aquel gusto y aquella verdad que seducen á la vez que instruyen.

Algo eres, por pequeño que seas, en el mundo literario, si tienes juicio para presentar tus ideas.

El juicio dirige el talento, arregla las ideas, analiza y compara los objetos, resuelve las dudas, y hace que las palabras estén en armonía con las cosas.

El escritor de juicio es el apóstol de la verdad, el defensor de la moral, y el predicador de la religion salvadora.

El escritor de juicio, en todas sus obras muestra un fondo de moral cristiana que conmueve, una uncion en sus palabras que seduce, y una profundidad en sus pensamientos que convence y nos enseña.

En tu mano está tener juicio: atiende á la voz de la razon y tendrás esa cualidad indispensable en el escritor.



De la memoria.

La memoria sin el ingenio y el juicio, es un don aislado que, aunque bello en sí, le es al hombre poco ménos que inútil.

No hablo de la memoria que, tiene presentes siempre los beneficios de Dios, sino de la memoria de las cosas de los hombres, de la memoria que retiene en sí cuantos libros lee, como si en ella hubieran quedado grabados con fino buril.

La memoria sin el juicio para separar lo bueno de lo malo, es semejante á un gran almacén de granos donde van echando, sin hacer division ninguna, el trigo, el maíz, la alubia, la cebada, el centeno, la lenteja, el garbanzo y toda clase de legumbres, que cuando quiere el dueño echar mano de al-

guna de ellas, las encuentra revueltas y mezcladas unas con otras.

Si no has de hacer buen uso de lo que guardas en la memoria, nada aprendas, porque mas pronto manifestarás tu ignorancia con tu verbosidad nacida de tu vanidad, que con tu silencio.

No quieras parecerte á aquellos pájaros que aprenden multitud de palabras, y que las dicen cuando ménos venian al caso.

Si dotado estás de buena memoria, diríjela tu juicio, porque así el caudal de conocimientos estará bien colocado.

Si te agrada que te den el nombre de biblioteca viviente, tén las obras que hayas leído bien arregladas en tu memoria, como el entendido literato tiene arreglados sus libros en sus estantes, de manera que sin trabajo encuentra aquel volúmen que desea.

El escritor de juicio y de talento, que tiene feliz memoria, es semejante al que posee inmensos bienes de fortuna y que lleva un apunte esacto de ellos, y de la manera en que los tiene repartidos para poder disponer á la hora que le convenga de aquella parte que desea.

Tesoro inapreciable es la memoria; pero es preciso que se sepa hacer uso de ese tesoro por medio del juicio: porque sabio es, no el que retiene muchos volúmenes en ella, si-

no el que entresaca las verdades que contienen los volúmenes, las guarda en la memoria y las usa cuando conviene únicamente.

Varias materias encierra en su seno una rica mina; pero preciso le es al hombre separarlas para sacar limpia la plata ó el oro que anhela.

Al hombre de gran memoria, preciso le es el juicio para separar de entre la multitud de ideas que guarda, las precisas para espresarse y enriquecer su conversacion y sus producciones.

Nadie debe procurar retener en la memoria sino cosas provechosas; porque el que la llena de ideas superficiales, es semejante á aquel que llena su casa de muebles inútiles.

Al que mezcla multitud de piedras falsas entre algunas buenas, fácil le será despues equivocarlás, si no tiene conocimiento en ellas.

El que atesora y junta doctrinas útiles con ideas falsas y disolventes, fácilmente las confundirá, si no tiene el necesario juicio para separarlas.

Don inapreciable es para el escritor la memoria cuando va acompañada del juicio, cuando no, le es altamente perjudicial.



Imaginacion.

La viveza de los sentidos dà por resultado á la viva imaginacion. Impulsada por aquellos, ofusca con frecuencia las ideas, atropellando la razon, si esta no cierra los ojos á los halagos de la imaginacion y combate con calma, con el objeto de descubrir la verdad.

Los sentidos son el resorte de la imaginacion, lo mismo que el de las pasiones; pero los sentidos tienen un dique poderoso que los contiene en los justos límites de la prudencia cuando el hombre tiene verdadera instruccion. Y este dique poderoso es la luz de la razon que nos muestra claramente lo bueno y lo malo; luz de la razon que separa de las imágenes las ideas malas, aunque vengan ataviadas con un ropage deslumbrador.

Imaginacion y talento son cosas muy distintas. Hombres hay de gran imaginacion que no tienen ni aún mediano talento.

La imaginacion obra por los sentidos, por las cosas que ve ó siente: el talento por sí solo.

Imágenes hay falsas: talentos falsos no: la imaginacion nos presenta las cosas por medio del influjo de las impresiones que hacen en nuestro corazón: el talento las examina, y distingue lo bueno de lo malo.

¡Cuántas cosas nos presenta la imaginacion como admirables, que las reprueba el talento despues de haberlas examinado detenidamente!...

La imaginacion como escitada por los sentidos, acoge con tanto entusiasmo todo lo que halaga á aquellos, que con facilidad desordena las ideas con imágenes escageradas, que avivan las pasiones con daño de la verdad.

La imaginacion es semejante á un barco que lleva desplegado todo su velámen, mas sin timon que le dirija al puerto deseado. El juicio es el que dirige, ordena y analiza las imágenes, y el que las conduce por el camino de la razon, y deja inhábil al corazón hasta conocer los objetos.

Si estudias cuidadosamente el origen de tus deseos corrompidos, verás que lo traen

de la risueña perspectiva con que los presenta la imaginacion, la cual vuelve á su estado normal de calma y tranquilidad, en cuanto ve satisfechos aquellos deseos; en cuanto ve satisfecha la pasion que halagaba dos sentidos y que cobró una fuerza poderosa y un ímpetu indecible por la viveza de la imaginacion.

La razon combate las pasiones, y muchas veces las vence; pero cuando á las pasiones va á dar cuerpo la imaginacion, entónces la razon lucha con menos ardor porque adormecida con los halagos de los placeres que la imaginacion sabe pintar tan diestramente, desfallece un instante y muchas veces queda vencida.

Rara vez presenta la imaginacion los objetos como son realmente: siempre les dá una forma y una fuerza que están muy lejos de tener.

Al mostrarnos lo pasado lo escagera de un modo que conmueve: la mas ligera satisfaccion pasada, la presenta de una manera tan dulce que nos hace verter lágrimas: cualquier circunstancia que casi la dejamos pasar desapercibida, la cerca con atractivos tantos, que nos cautiva; y el presente y lo futuro, lo posible y lo imposible, lo real y lo quimérico, lo muestra con tal semejanza de

verdad, que el hombre se ve arrastrado por su mágico poder.

Por eso el escritor público debe poner límites á la exaltación de la imaginación, no dejándose arrebatar por ella, sino analizando con calma la verdad, para desechar aquellas cosas que aunque deslumbran á primera vista, mas son perniciosas que útiles.

La viva imaginación dirigida por la fría razón, es un tesoro de inestimable precio; pero dejada á su albedrío, es semejante á un desbordado torrente que aniquila cuanto encuentra á su paso.

El que no hace esfuerzos grandes por contener su atrevida imaginación, no hace el aprecio que debiera de la verdad que es la luz que ilumina las imágenes, mostrando la fealdad de las falsas y la belleza de las buenas.

No te dejes llevar de la primera impresión que hagan los objetos en tus sentidos, sino deja pasar un largo rato para que la imaginación se calme; porque la razón con su infalible tino te hará conocer aquello que mas útil sea para tu instrucción y provecho, desvaneciéndose á la vez, las ilusiones que se opongan á la claridad de la verdad.

Mira siempre las cosas que te presente la imaginación con desconfianza; y no las asientes como verdades hasta no haberlas anali-

zado detenidamente, porque la imaginación regularmente está en armonía con nuestros deseos; y si la razón no pone un dique salvador que la contenga en los límites de la verdad, fácilmente nos hace incurrir en defectos y errores crasísimos que revelan ligereza, descuido ó mala fé.

Subordina la imaginación á la verdad y tus obras revelarán el talento y sabiduría.

Una obra donde se ha dado libre rienda á la imaginación, si la examina despues el autor que la ha escrito, se sorprenderá él mismo de los delirios de que se dejó llevar al escribirla.

En las producciones de entretenimiento, bueno es que la imaginación manifieste su riqueza; pero debe hacerlo siempre sin traspasar los límites de lo posible. Mas en las de estudio, jamás debe hacer gala de su valentía, sino de su subordinación á la justicia y á la verdad.

La imaginación pertenece al hombre, la verdad á Dios. La primera halaga nuestras pasiones; la segunda las regla y las conduce por el camino de la justicia. El que se deja seducir por la primera sin cuidarse de la segunda, prefiere la ficción á la realidad; malo á lo bueno; lo injusto á lo justo.

Para no equivocarse las yerbas buenas con

las venenosas, las ecsaminas detenidamente, porque de este ecsâmen pende tu vida.

Ecsamina escrupulosamente las ideas que se agolpan à tu imaginacion para no equivocar las falsas y malas, con las justas y salvadoras; porque de este ecsâmen resulta tu buena ó mala reputacion.

Si atendiendo á la verdad haces á tu imaginacion esclava de ella, tus composiciones seràn modelos inimitables que daràn por resultado bienes sin cuento á la sociedad, provecho indecible á la juventud estudiosa y renombre inmortal á tu persona.

NICETO DE ZAMACOIS.



Library stamp from the University of Salamanca. The stamp is oriented vertically and contains the following text:

- At the top: *Exemplar de libro*
- Below that: *UNIVERSIDAD DE SALAMANCA*
- Below that: *LIBRERIA*
- Below that: *Exemplar de libro*
- At the bottom: *Exemplar de libro*

The stamp is partially obscured by a small wooden stick or pin.

Fecha _____

Estudió con libro de la
Biblioteca

Préstamo de libro

avor de dar los siguientes datos:

CLASIFICACION

CLASIFICACION

CLASIFICACION

CLASIFICACION

IFCC 641

PQ7297

.Z3
M3

FL

AUTOR

116600

ZAMACOIS, Niceto de

TITULO

Máximas a los escritores

FECHA DE
VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR

